

# Cristina Buenrostro

*Lingüista destacada por su compromiso con la documentación y rescate de la lengua maya chuj*



Elsa Cristina Buenrostro Díaz nació el 1 de noviembre de 1963 en Tizapán el Alto, Jalisco. Desde pequeña sus padres la trajeron a la Ciudad de México, entonces, en sus propias palabras: “no le crecieron los ojos tapatíos”.

Su interés por las lenguas empezó prácticamente desde la secundaria. Le gustaban mucho The Beatles, lo que fomentó su curiosidad por el inglés. Unos años después, cuando estaba en el CCH, le llegaron unos folletos de todas las carreras de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Se puso a revisarlos y los que llamaron más su atención fueron los de lingüística.

Pero no entró a esta carrera inmediatamente al salir del CCH. Ingresó a la carrera de pedagogía donde duró sólo 15 días, porque no le gustó. Tomó su año sabático durante el cual iba a la Facultad de Filosofía y Letras a asomarse a las clases de oyente. Un día un amigo de ahí le dijo: Hoy hay inscripciones en la ENAH ¿por qué no vamos? En ese momento se acordó de aquellos folletos y de la carrera de lingüística. Fueron, ella tomó su propedéutico y “de allí ya no la sacó nadie”.

Después hizo el examen para entrar a Letras, queriendo hacer las dos carreras. Quedó, pero no congenió mucho con el ambiente de la facultad. “Eran unas 60 personas, todas con aire de escritores o críticos literarios. Esto no es lo que quiero de la lengua”, se dijo. Y como ya habían empezado en la ENAH, llevaban unos quince días de clases y estaba fascinada con el concepto de la Escuela, ella decidió concentrarse en la lingüística. Era el año 1984.

En septiembre de 1985, en tercer semestre, cuando los alumnos iban a realizar su primera salida al campo, una práctica obligatoria, Otto Schumann se acercó a ellos y les comentó que había una comunidad en la frontera con Guatemala llamada Tziscaco, donde había hablantes de chuj ¿Por qué no van para allá?, les dijo.



Por obvias razones la salida no se concretó, aunque en el patio de la Escuela ellos se decían que se verían en San Cristóbal de Las Casas pasara lo que pasara, pasó lo que pasó y no fueron sino hasta el año siguiente. Era un grupo de siete lingüistas y unos cuantos colegas más de etnohistoria, unas quince personas en total. Se quedaron en la escuela del lugar, en un salón de clases con su *sleeping*. De este grupo de quince personas, las únicas que hicieron después su tesis de licenciatura sobre el chuj fueron José Carmen Díaz y Cristina Buenrostro.

Empezaron a trabajar con los refugiados de Guatemala que huían del conflicto armado a esta región lacustre, y provenían de la aldea El Quetzal, que estaba prácticamente del otro lado de la frontera, a



unos quinientos metros. En esa primera ocasión a Cristina le costó mucho trabajo encontrar a los hablantes del chuj. Pues las autoridades locales habían prohibido hablar la lengua desde 1940 y a la llegada de los refugiados los habitantes de Tziscaco se rehusaban a comunicarse en su lengua natal por el miedo de ser confundidos con ellos. Había incursiones del ejército guatemalteco al territorio nacional, por eso los mexicanos afirmaban que ellos no hablaban chuj. Esta situación contribuyó mucho a la pérdida de la lengua en la región.

Después de concluir su licenciatura Cristina venía al Instituto de Investigaciones Antropológicas como estudiante y ayudante de Otto Schumann, Leopoldo Valiñas y Yolanda Lastra. Se tituló en marzo de 1992 con la tesis “Morfología verbal

de Chuj” y en mayo en el Instituto salió una convocatoria muy abierta y sencilla. Sorprendentemente, Cristina fue la única que se inscribió y obtuvo la plaza, en agosto ya estaba trabajando. Unos meses después inició su doctorado en Lingüística en El Colegio de México (1993-1996). Desde entonces, tiene unas 30 publicaciones, entre las que se encuentran dos libros: *Chuj de San Mateo Ixtatan* (2009) y *Estudios de lengua y cultura Chuj* (2023), fruto de numerosas salidas al campo que tanto le apasionan.

Su primer informante fue don Pascual, quien venía de El Quetzal y solía decir: ¿Por qué somos diferentes si es la misma tierra, el mismo idioma, solo la línea está ahí, en medio? En una de las sesiones de trabajo estaban explorando las construcciones posesivas en chuj. ¿Cómo dice ‘rana’? *Pajtza*, ¿y cómo dice ‘mi rana’?, “se me quedó viendo don Pascual y me dijo: las ranas no son de nadie, caen solitas con el agua”. A otra señora, doña Dominga, le preguntaba: ¿cómo dice ‘casa’? *Pat*, ¿y cómo dice ‘mi casa’?, pos, mi *pat*!

Era bastante difícil encontrar a las mismas personas cuando regresaba a Tziscaco, porque, como eran migrantes, se iban a otros lugares y Cristina se echaba sus caminatas preguntando por don Pascual.

Una vez Cristina y sus compañeros le pidieron a doña Dominga que los llevara a ver las orquídeas. El domingo nos vemos, yo los llevo, vamos a caminar unas dos horas, les contestó. “Llegó doña Dominga con su ropa de domingo”, recuerda Cristina. Caminaron horas y, llegando al lugar, les dijo: ahí están las orquídeas, ¿dónde? Pues, ahí está la mata, dijo, pero florecen en enero.

“Así como he ido entrando más a la lengua, he entrado más a la laguna. Samuel Herrera, quien me acompañó durante muchos años en el campo, era el encargado de tomar la foto de la Sirenita”, –recuerda ella entre risas. “Cuando íbamos con Samuel llevábamos el equipo de grabación y un grupo local de marimba nos

pidió que les grabáramos un disco. Fuimos a las doce de la noche para que hubiera el menor ruido posible y sí, se logró. Eran sobre todo las canciones de alabanzas cristianas en chuj. Ellos sacaron muchas copias y lo estuvieron vendiendo a los turistas”.

Otro día llegaron con Samuel a una zona en los lagos donde había un letrero que decía “zona despoblada. Usted entra aquí bajo su propio riesgo”. “Y ahí vamos con el coche y encontramos comunidades. Justo eran los refugiados que en los años noventa decidieron quedarse y el gobierno mexicano les otorgó la posibilidad de naturalizarse y los ubicó. La comunidad que encontramos es de las más grandes donde se habla el chuj hoy en día



en México, de unas 500 personas. Y son las personas con las que seguimos trabajando hasta el día de hoy”.

Durante mucho tiempo Cristina era la única lingüista en activo que estudiaba la lengua chuj, después de Nicholas Hopkins y Judith Maxwell, quienes habían emprendido la misma tarea en 1960 y 1980 y Otto Schumann se había acercado al tema de las relaciones entre el chuj y el tojolabal.

Aunque afirma que prefiere la investigación a la docencia, tampoco desatendió este campo. Empezó a impartir clases de fonología cuando todavía era estudiante en la ENAH. Después, en la UNAM ha impartido una amplia variedad de materias, desde métodos de investigación en lenguas poco documentadas hasta morfosintaxis en el Posgrado en Antropología y en el de Estudios Mesoamericanos.

A partir de que organizó en 2018 el “Primer encuentro de estudios sobre lengua y cultura chuj”, empezó a colaborar con el lingüista canadiense Justin Royer, dado que los refugiados chujes con los que éste trabajaba en Canadá eran familiares de las personas con las que Cristina trabajaba en México. Ahora que tiene proyectos con Justin, reconoce que está aprendiendo otras formas de llevar la investigación lingüística, más allá de la mor-



fosintaxis verbal que fue el centro de su interés académico por mucho tiempo. Ambos han escrito un artículo sobre los demostrativos, están preparando un texto sobre la cuantificación y recientemente han organizado el congreso internacional “Forma y Análisis en Lingüística Maya 7”.

*Ciudad Universitaria, octubre 2024*

*Texto: Maxim Baboshkin*

*Coordinación editorial: Ada Torres M.*

*Elaboración: Nohemí Sánchez S.*

*Corrección de estilo: Adriana Incháustegui L.*

*Fotografías: Jessica Martínez R. (Archivo histórico del IIA) y José Rafael Reyes O.*